

El Caribe como área sociocultural*

Sidney W. Mintz**

Resumen

En el ensayo que aquí traducimos, “El Caribe como área sociocultural,” Sidney W. Mintz aborda la región del Caribe a partir de una serie de atributos que, presentados en una secuencia significativa, demarcan un amplio espacio de discusión: (1) una ecología de tierras bajas, subtropical e insular; (2) el exterminio rápido de la población nativa; (3) la definición de las islas como una esfera del capitalismo agrario ultramarino europeo basado principalmente en plantación esclavista azucarera; (4) el desarrollo correlativo de estructuras sociales insulares con escasa diferenciación interna y una configuración bipolar; (5) la interacción continua entre las plantaciones y la agricultura campesina a pequeña escala; (6) la sucesiva inmigración masiva de nuevas poblaciones trabajadoras (7) la ausencia prevalente de una ideología de

* Este artículo apareció originalmente en *Journal of World History*, vol. 9, no. 4, 1966, pp. 912-937, publicado por Les Editions de La Baconnière, Boudry-Neuchâtel, Suiza; preparado para la Comisión Internacional para una Historia del Desarrollo Científico y Cultural de la Humanidad, División de Estudios Culturales, UNESCO. El mismo puede ser consultado en la base de datos ProQuest. Luego formó parte de la antología *Peoples and Cultures of the Caribbean*, editada por Michael M. Horowitz. Garden City: Published for the American Museum of Natural History [by] the Natural History Press, 1971, pp. 17-46. Posiblemente, ha tenido mayor difusión impresa en la edición de Horowitz. Para propósitos de esta traducción se utilizó la edición original. Este artículo fue traducido y reeditado con autorización del autor y el editor.

** El autor agradece a Jacqueline Wei Mintz y a Peter J. Wilson, quienes han leído y criticado una versión anterior del manuscrito. Los materiales presentados aquí aparecerán de forma más elaborada en un libro sobre la historia y etnología social de las islas caribeñas, ahora en preparación por el autor.

identidad nacional (8) la persistencia del colonialismo, y del ambiente colonial, por más tiempo que en cualquier otra área fuera del occidente europeo; (9) un elevado grado de individuación –particularmente económica– como un aspecto de la organización social.

Palabras clave: *Sidney Mintz, Caribe, plantaciones, campesinos, capitalismo*

Las islas del Caribe, unos cincuenta territorios habitados que se dispersan a través de 2,500 millas de mar entre la península de Yucatán y la costa norte de Sudamérica, constituyen la esfera colonial más antigua de la expansión ultramarina del occidente europeo. Para la segunda década del siglo XVI estos territorios se habían circunnavegado y explorado, sus aborígenes se encontraban subyugados y en las islas más grandes se habían establecido colonias, irrumpiendo así toda el área en la conciencia de monarcas, filósofos y científicos europeos. Como esfera primordial del imperio atlántico español, la región del Caribe simbolizó los comienzos de lo que Kónetzke¹ correctamente denominó imperios “planetarios”, que abarcaban océanos enteros, el desplazamiento masivo de una orientación “talásica” hacia una “oceánica” (atlántica)², que enmarcaría de ahí en adelante los designios de expansión europea. Y cuando López de Gómara, dirigiéndose a Carlos V en 1552, afirmó que, luego de la creación y la venida de Cristo, el evento de mayor importancia en la historia fue el descubrimiento del Nuevo Mundo, no proclamaba más de lo que muchos europeos instruidos de la época hubiesen reconocido.³

Poco después de su descubrimiento, las islas del Caribe se convirtieron en un trampolín para la conquista española del continente americano y un campo de experimentación para los proyectos políticos originados en la Reconquista, ahora readaptados para la administración y el control de pueblos coloniales.

¹ Richard Kónetzke, *El imperio español, orígenes y fundamentos*. Madrid, Ediciones Nueva Época, 1946, p. 9.

² Albert G. Keller, *Colonization: A Study of the Founding of New Societies*. New York, Ginn & Co., 1908, p. 69.

³ Lewis Hanke, *Aristotle and the American Indians: A Study in Race Prejudice in the Modern World*. London, Hollis & Carter, 1959, pp. 2-3, 124.

Tras la conquista de la meseta mexicana y los Andes, la importancia de las islas como espacios de asentamiento dentro del sistema imperial español disminuyó rápidamente. Luego, en el siglo XVII, los rivales noreuropeos de España comenzaron a formar sus propios imperios ultramarinos en el Caribe; ya para la segunda mitad de ese siglo, la importancia de las islas alcanzó un cénit para el norte de Europa. Sin embargo, después de 1800 esta importancia del Caribe en los designios europeos comenzó a menguar cada vez más; es solo recientemente que el área ha cobrado un nuevo significado para Occidente, ahora mucho más estratégico y político que económico.

Una de las formas de aclarar la importancia contemporánea de las Antillas es delineando sus características socioculturales sobre un trasfondo histórico regional; muchos de sus rasgos compartidos, su significado como bloque de sociedades, son consecuencia de más de cuatro siglos de experiencias históricas paralelas durante una poderosa (aunque intermitente y a menudo capricho) influencia europea.

Probablemente se puede demostrar que la especificidad del área del Caribe dentro de la esfera del mundo “subdesarrollado” dimana de su antigüedad como un conjunto de colonias; más aún, las sociedades del Caribe son “no occidentales” sólo superficialmente, puesto que su particularidad deriva de que, en alguna medida y engañosamente, se encuentran entre los países más “occidentales”, con excepción de Estados Unidos y Europa Occidental. Varios intentos útiles de clasificar el área del Caribe como subcategoría de algún bloque cultural mayor no han logrado definir plenamente la particularidad de la región, ni agruparla convincentemente con aquellas partes del continente latinoamericano expuestas a influencias sociohistóricas similares.⁴ A pesar de compartir ciertas experiencias

⁴ Varias clasificaciones de las islas del Caribe las han colocado dentro de categorías tipológicas, tales como “Afro-América” y “la América de la plantación” / “Plantation America”, las cuales describen correctamente las sociedades isleñas solo de manera parcial. Véase John Gillin, “Mestizo America”, en Ralph Linton (ed.), *Most of the World: The Peoples of Africa, Latin America and the East Today*. New York, Columbia University Press, 1949, pp.159-226; Werner J. Cahnman, “The Mediterranean and Caribbean Regions: A Comparison in Race and Culture Contacts”, *Social Forces*, vol. 22, no. 2, December 1943, pp. 209-214; Gilberto Freyre, *The Masters and the Slaves*. New York, Knopf, 1946;

históricas, las sociedades del Caribe no forman un ente homogéneo y las sociedades continentales parecidas a las insulares no han atravesado los mismos procesos históricos. Este ensayo no propone reemplazar clasificaciones previas con una nueva; de hecho, se construye en gran medida sobre la base de trabajos anteriores. No obstante, tal vez se puedan hacer algunas observaciones adicionales acerca de las sociedades del Caribe para entender mejor tanto lo que distingue a esta área de otras, como lo que le imparte su carácter particular y algo singular; los puntos principales son de carácter socio-histórico. Michael G. Smith ofrece una buena generalización de relevancia histórica:

Las condiciones históricas que definen el área comprendida desde Brasil hasta Estados Unidos como el contexto amplio y comparativo de los estudios caribeños son bien conocidas. Consisten en la expansión europea al Nuevo Mundo, los patrones históricos comunes de conquista, colonización, peonazgo o esclavitud y el desarrollo de sociedades multiraciales y multiculturales por toda el área. Dentro de un marco de referencia tan vasto, las diferencias regionales de naturaleza histórica o contempo-

Charles Wagley, "Plantation America: A Culture Sphere", en Vera Rubin (ed.), *Caribbean Studies: A Symposium*. Mona, Institute of Social and Economic Research, University College of the West Indies, 1957, pp. 3-13; John P. Augelli, "The Rimland-Mainland Concept of Culture Areas in Middle America", *Annals of the Association of American Geographers*, vol. 52, no. 2, June 1962, pp. 119-129; Eric R. Wolf and Sidney W. Mintz, "Haciendas and Plantations in Middle America and the Antilles", *Social and Economic Studies*, vol. 6, no. 3, September 1957, pp. 380-412. Ver también el innovador trabajo de Rudolph A. J. Van Lier, *The Development and Nature of Society in the West Indies*. Amsterdam, Uitgave van Het Indisch Instituut, 1950. Agrupar a las islas indiscriminadamente bajo "América Latina" es especialmente engañoso; algunos programas del área extranjera para América Latina incluso tienen dificultades en decidir si un candidato a beca que planifica trabajar en las partes no hispanohablantes (particularmente angloparlantes) del área del Caribe debería ser considerado realmente un latinoamericanista. Donde se habla francés (o una lengua criolla con base lexical francesa) es posible establecer un argumento débil sobre la cultura "latina"; pero "latino" no es lo mismo que "Latinoamérica" y ningún argumento tortuoso puede justificar la inclusión de sociedades, por ejemplo, como Jamaica y Curaçao bajo de la categoría "América Latina". Asimismo, las Islas Caimán difícilmente forman parte de "Afro-América" o de "América de la plantación" y lo mismo puede decirse de muchas otras partes del área del Caribe.

ránea poseen una importancia obvia para el trabajo comparativo. A estos efectos, las guías generales que resultan más útiles en una subdivisión preliminar de esta extensa área son las diferencias de hábitat, economía, composición poblacional, historia política y estatus.⁵

A continuación se intentará ampliar esta observación, haciendo hincapié en las sociedades insulares y, solo de forma secundaria, en las continentales con las cuales comparten algunos rasgos. Sin duda, sería correcto decir que cada una de las características señaladas en la siguiente presentación aplica también a cualquier otra sociedad o región no caribeña. Sin embargo, cualquier utilidad que posea esta clasificación no depende de ninguno de los rasgos definitorios en específico, sino de su importancia conjunta para la historia social del Caribe. Además, cada sociedad dentro del área del Caribe es, sin duda, única en cierta forma. Ningún esfuerzo por generalizar acerca del área puede abarcar adecuadamente los rasgos distintivos de cualquiera de las sociedades que la componen. El argumento descansa sobre la esperanza de que las siguientes generalizaciones podrán, una vez tomadas en conjunto, aclarar hasta qué punto el Caribe forma algún tipo de bloque sociocultural. Una exposición de los datos pertinentes podría también esclarecer algunas de las formas principales en que las sociedades del Caribe difieren entre sí, ya que han estado sujetas, en distintos grados, a las mismas fuerzas que han tendido a asemejarlas. Tal vez resulte particularmente importante tener en cuenta en la siguiente presentación que ninguno de los criterios que se establecerán es tan significativo como lo es el efecto interrelacionado de los mismos.

Con el fin de adelantar el argumento, debe subrayarse la diferencia entre “cultura” y “sociedad”, según el uso dado aquí a esos términos. Para comenzar, es inexacto referirse al Caribe como un “área cultural” si por “cultura” se entiende un cuerpo común de tradición histórica. Los orígenes muy diversos de las poblaciones caribeñas, una compleja historia de imposiciones culturales europeas y la ausencia en la mayoría de estas sociedades de alguna continuidad firme en la cultura de la potencia

⁵ Michael G. Smith, *The Plural Society in the British West Indies*. Berkeley, University of California Press, 1965, p. 19.

colonial han resultado en un cuadro cultural sumamente heterogéneo. Y, sin embargo, las sociedades del Caribe –tomando “sociedad” para referirse aquí a formas de estructura y organización social– presentan semejanzas que de ninguna manera se pueden atribuir a la mera coincidencia. Probablemente sería más exacto (aunque de estilo torpe) referirse al Caribe como un “área societal” debido a que las sociedades que lo componen probablemente comparten más rasgos socio-estructurales que culturales. Las uniformidades pancaribeñas resultan ser mayormente unos paralelos de estructura socio-económica y organización, fruto de un dominio colonial prolongado y bastante rígido. El hecho de que varias de ellas también comparten culturas similares o históricamente relacionadas, aunque es importante, se considera aquí como secundario.

De acuerdo con este análisis, la afinidad regional del Caribe se expresa en términos de nueve características principales:

- (1) una ecología de tierras bajas, subtropical e insular;
- (2) el exterminio rápido de la población nativa;
- (3) la temprana definición de las islas como una esfera del capitalismo agrario ultramarino europeo basado principalmente en la caña de azúcar, esclavos africanos y el sistema de plantación;
- (4) el desarrollo correlativo de estructuras sociales insulares donde la organización comunitaria local internamente diferenciada fue escasa y las agrupaciones nacionales de clase usualmente asumieron una estructura bipolar, sustentada por el dominio ultramarino, un acceso marcadamente desigual a la tierra, la riqueza y el poder político, y el uso de diferencias físicas como indicadores de estatus;
- (5) la interacción continua entre las plantaciones y la agricultura campesina a pequeña escala, con los efectos socio-estructurales que la acompañan;
- (6) la sucesiva introducción masiva de poblaciones nuevas y “extranjeras” en los sectores más bajos de las estructuras sociales insulares, bajo condiciones en que las oportunidades de ascenso económico, social y político eran extremadamente limitadas;

- (7) la ausencia prevalente de una ideología de identidad nacional que pudiera fungir de meta para una aculturación en masa;
- (8) la persistencia del colonialismo, y del ambiente colonial, por más tiempo que en cualquier otra área fuera del occidente europeo;
- (9) un elevado grado de individuación –particularmente económica– como un aspecto de la organización social en el Caribe.

No se ofrecerán excusas por la generalidad de estas observaciones; cualquier valor heurístico que puedan tener para explicar la naturaleza singular de las sociedades caribeñas es inherente a su combinación. En cada caso, sus efectos combinados han sido algo diferentes, de manera que las distintas sociedades del área del Caribe pueden ser vistas en términos de un continuo multidimensional, en lugar de un modelo singular abstracto. Más aún, es evidente que algunas de estas observaciones pueden considerarse “causas” y otras “consecuencias”. Puesto que el objetivo principal aquí es sugerir por qué las sociedades del Caribe son como son, no se intentará proveer un esquema cronológico o causal elaborado que pudiese sustentar una exposición más detallada del mismo argumento.

UNA ECOLOGÍA INSULAR DE TIERRAS BAJAS Y SUBTROPICAL

Las islas del Caribe se extienden desde las Bahamas y las Antillas Mayores en el norte, hasta Trinidad y las Antillas Holandesas frente a la costa venezolana, en el sur. Tienen un clima subtropical y oceánico, temperaturas cálidas con pocos extremos y unas variaciones considerables en la precipitación local. Aunque algunas partes de las Antillas son muy montañosas y pueden encontrarse bosques tropicales en el interior, casi todas las islas poseen llanos costeros. Las cordilleras centrales, sobre todo en las Antillas Mayores, están bordeadas de llanuras aluviales, generalmente bien regadas a lo largo de la costa norte, pero secas y áridas en el litoral sur. Las islas más grandes, como Puerto Rico y Jamaica, tienen valles intramon-

tanos fértiles, a menudo rodeados por cordilleras lo suficientemente altas como para producir café. En las Antillas Mayores, el suroeste suele contar con serranías y sabanas, propias para la ganadería y la producción de fibras industriales. Las Antillas Menores se pueden clasificar en dos grupos geográficos: uno de islas secas, llanas y relativamente infértil, y el otro de islas escarpadas de mayor precipitación.

El mero hecho de que el Caribe, según lo definieron los primeros conquistadores y exploradores de Occidente, fuese un mar que comprendía un archipiélago, tuvo también una gran importancia. La conquista del Caribe saltó de isla en isla, donde cada una sirvió de trampolín para nuevas conquistas. El control político de cualquier isla o grupo de islas debía depender del control del mar por lo que este inevitablemente jugó un papel significativo en la cultura de los colonos. Las islas mismas se definen geográficamente; para los europeos cada isla era sucesivamente una nueva frontera hasta que su población aborigen fuese conquistada o eliminada y su superficie fuese efectivamente ocupada. En las islas más pequeñas la ocupación total resultaba ser relativamente fácil, aunque el carácter montañoso de algunas, particularmente al combinarse con la resistencia aborigen, retrasó la expansión europea. Sin embargo, en las islas más grandes, donde el interior montañoso era extenso (y, a juzgar por lo que se sabe, estaba cubierto de bosques espesos en los siglos XVI y XVII) la influencia europea tendió a concentrarse en asentamientos costeros y las oportunidades para una diferenciación subcultural fueron mayores.

Estos datos mínimos, aunque son peligrosamente genéricos, tienen una importancia considerable para la comprensión del área del Caribe. Para empezar, todas o casi todas las islas eran apropiadas para la agricultura comercial del trópico, incluyendo la producción de alimentos básicos para mercados extranjeros, tales como el azúcar, el café, el ron, el cacao y las especias. Donde las condiciones locales no permitían dicha producción, un suministro de agua controlado podía, algunas veces, diseñarse con el fin de poner bajo cultivo tierras fértiles pero baldías. Más aún, en áreas de llanuras aluviales o valles intermontañosos, la agricultura podía llevarse a cabo en grandes propiedades debido a que el relieve llano del terreno permitía la organización de una empresa

en gran escala con mano de obra y/o maquinaria masiva. Finalmente, la distinción entre el llano costero y el interior montañoso anticipó la profunda divergencia de actividades que ha marcado típicamente la agricultura en el Caribe, con plantaciones concentradas en las costas y en valles interiores y con unidades en pequeña escala más alguna formación de haciendas en los sectores montañosos. En las islas más pequeñas y áridas, las plantaciones nunca se desarrollaron; en aquellas pequeñas islas más aptas para la agricultura de plantación, las iniciativas “campesinas” o en pequeña escala usualmente han sido muy marginales; y en las islas más grandes, esos sistemas agrícolas tan diferentes han competido y coexistido durante la mayor parte de la historia caribeña.

EL EXTERMINIO RÁPIDO DE LA POBLACIÓN INDÍGENA

Las condiciones físicas subyacentes proveen, por tanto, un contexto en el cual las adaptaciones económicas de los colonos se desarrollaron. Sin embargo, desde sus principios, la empresa colonial también tuvo que tomar en cuenta el elemento humano en la ecología local, es decir, las poblaciones aborígenes de las islas. Las Antillas Mayores, inicialmente descubiertas, exploradas y conquistadas por España, estaban bastante densamente ocupadas por arahuacos insulares que practicaban la agricultura de roza y quema y vivían en aldeas estables.⁶ Estos pueblos sufrieron todo el peso del poder español y fueron sustancialmente eliminados o quedaron absorbidos genéticamente por sus conquistadores en menos de medio siglo. En las Antillas Menores y en el interior remoto de las islas mayores, sobrevivieron comunidades indígenas hasta finales del siglo XVII e incluso del siglo XVIII. En las islas pequeñas, la resistencia caribe y la escasez de recursos metálicos limitaron el interés europeo hasta mediados del siglo XVII; aun así, los aborígenes dejaron de ser una fuerza significativa en la mayoría

⁶ Irving Rouse, “The Arawak”, en Julian H. Steward (ed.), *Handbook of South American Indians*. Vol 4: *The Circum-Caribbean Tribes*. Washington DC, Bureau of American Ethnology, 1948, pp. 507-546; William C. Sturtevant, “Taino Agriculture”, en Johannes Wilbert (ed.), *The Evolution of Horticultural Systems in Native South America*. Caracas, Sociedad de Ciencias Naturales La Salle, 1961, pp. 69-82.

de los lugares ya para el 1700 y en 1800 dejaron de serlo del todo.⁷

Durante el periodo de contacto, varios elementos culturales aborígenes se consolidaron como parte de culturas nuevas y sintéticas –pero, culturas en las cuales los propios nativos jugarían roles cada vez menos significativos. En consecuencia, el proceso de aculturación en las islas contrastó profundamente con la típica experiencia colonizadora europea en las tierras altas continentales del Nuevo Mundo y en la mayor parte de Asia y África. Para los españoles, la temprana situación de contacto en las Antillas proveyó una oportunidad para desarrollar técnicas administrativas y extractivas que también se pondrían en vigor en México, la región andina y otras zonas; pero no implicó una extensa y continua serie de ajustes vis a vis una población aborígen numerosa y persistente. Los futuros rivales de España –Gran Bretaña, Francia, Holanda, etc.– lidiaron brevemente con los caribes en las islas pequeñas, no tanto asimilando como aniquilando a sus predecesores aborígenes. De este modo la confrontación cultural en las islas permitió a los colonizadores europeos ocuparse de los problemas de asentamiento, adaptación y desarrollo, en gran medida como si las Antillas fuesen islas vacías. El significado psicológico de este estado de cosas –sin mencionar su importancia económica, social y política– es extremadamente complejo. Mannoni, en su análisis psicológico del colonialismo, nos dice que Robinson Crusoe, el prototipo ficticio del colonizador europeo, temía la soledad pero también la deseaba– lo que el psicoanalista llama “el atractivo de un mundo sin hombres”.⁸ Como modelo, Mannoni utiliza a Madagascar; pero seguramente, las Antillas le hubieran servido de mejor ejemplo ya que la experiencia europea en las islas consistió precisamente en crear un mundo sin hombres poco después del contacto inicial. La devastación del paisaje humano permitió a los europeos fijar los términos de su futuro dominio colonial en el área del Caribe de

⁷ Douglas Taylor, *The Black Carib of British Honduras*. New York, Wenner-Gren Foundation for Anthropological Research, Viking Fund Publications in Anthropology, no. 17, 1951, pp. 15-26.

⁸ Octave Mannoni, *Prospero and Caliban: The Psychology of Colonization*. New York, Praeger, 1956, p. 101. Agradezco al profesor Bruce Mazlish por señalarme la relevancia del argumento de Mannoni.

maneras muy distintas de las que les eran viables en un mundo no occidental densamente poblado. La importancia de esta distinción es real; la próxima etapa en la historia antillana se dio en medio de la ausencia de pueblos sometidos, pues el colono europeo había pasado de ser visitante a ser anfitrión, simplemente tras haber eliminado a sus antecesores nativos.

LA PLANTACIÓN

El muy temprano desarrollo de la agricultura de plantación puede atribuirse a los colonos españoles en las Antillas Mayores, quienes en respuesta al declive minero, buscaron fuentes alternas de sustento. Las plantaciones pequeñas en las Antillas Mayores, trabajadas con mano de obra esclava africana, producían azúcar exitosamente para mercados europeos a menos de cincuenta años del descubrimiento.⁹ Aunque se trataron otros cultivos, el azúcar demostró su importancia dramáticamente con su éxito en el mercado europeo. De ser un producto casi insignificante en la dieta europea antes del siglo XIII, solo utilizado como medicamento para la realeza, pasó a ser un ingrediente de confitería y preservativo hasta finalmente convertirse en un artículo de consumo básico. Para el siglo XVII, el azúcar fue convirtiéndose en un alimento básico de las ciudades europeas; pronto, hasta los pobres lo conocían y estimaban. Como fuente de energía rápida y relativamente barata, el azúcar se valoraba más como un sustituto de la comida que como una comida en sí; en Europa occidental probablemente suplantó otros alimentos de la dieta proletaria. En los centros urbanos se convirtió en el acompañamiento perfecto del té y la producción azucarera antillana se mantuvo perfectamente a la par con la producción india de té. En conjunto con otros productos de plantación –tales como el café, el ron y el tabaco– el azúcar formó parte de un complejo de “matahambres proletarios”¹⁰ y jugó un papel

⁹ Fernando Ortiz, *Cuban Counterpoint: Tobacco and Sugar*. Trad. Harriet de Onís. New York, A. A. Knopf, 1947, pp. 254-283; Mervyn Ratekin, “The Early Sugar Industry in Española”, *Hispanic American Historical Review*, vol. 34, no. 1, February 1953, pp. 1-19.

¹⁰ Ha estado de moda el referirse a estos artículos como “productos de sobremesa” (*dessert crops*), pero sería difícil encontrar otro término tan ridículamente

crucial en la contribución conjunta que hicieron esclavos caribeños, indios campesinos y proletarios urbanos europeos al crecimiento de la civilización occidental.

Sin embargo, durante el primer periodo de experimentación ultramarina española con el azúcar y el sistema de plantación, Europa occidental apenas había comenzado a apetecer bienes tropicales. Los tempranos triunfos en Santo Domingo, Cuba, Puerto Rico y Jamaica se vieron prontamente opacados después de 1520 por el fuerte flujo de riqueza metálica del Caribe continental hacia la metrópoli. El interés español por las islas se redujo, y las principales colonias –Cuba, La Española, Puerto Rico y en menor importancia Jamaica– se convirtieron en puertos de escala y bastiones para las flotas de la Corona. A partir de 1640, las naciones rivales de España en el Caribe, particularmente Gran Bretaña, Francia y los Países Bajos, modernizaron y expandieron a gran escala el sistema de plantación.

La naturaleza del sistema de plantación fue sumamente compleja por lo que a continuación solo se elaborarán algunos argumentos generales. Para comenzar, dicho sistema se desarrolló desde un principio en un contexto de escasa mano de obra; una abundancia de tierra en relación con el trabajo y la posibilidad que tenían los jornaleros de convertirse en cultivadores de tierras no reclamadas, le requirió a los empresarios agrícolas en las Antillas que se valieran de distintas formas de trabajo forzado para poder emprender una producción comercial.¹¹ Pese a que se empleaba una variedad de acuerdos de trabajo forzado o por contrato, la base principal de mano de obra fue la esclavitud. Desde 1501 –cuando al Gobernador de La Española, Ovando, se le aconsejó por primera vez que importase

engañoso como éste. El café, el té, el ron, el azúcar (y el tabaco) formaron parte de la dieta básica de los proletarios de Europa durante siglos, de modo que llamarles *dessert crops* es leer incorrectamente un aspecto crucial de la Revolución Industrial y del colonialismo europeo. Véase Sidney W. Mintz, reseña crítica de *Slavery* por Stanley M. Elkins. Chicago, University of Chicago Press, 1959. *American Anthropologist*, vol. 63, no. 3, June 1961, p. 580.

¹¹ Herman J. Nieboer, *Slavery as an Industrial System: Ethnological Researches*. The Hague, M. Nijhoff, 1900, pp. 420-422; Sidney W. Mintz, reseña crítica de *Slavery* por Stanley M. Elkins, *op. cit.*, pp. 579-587.

esclavos africanos a la isla¹²— a 1886, tras la abolición de la esclavitud en Cuba, las islas del Caribe dependieron casi exclusivamente de la esclavitud como fuente de mano de obra para la plantación. El número de esclavizados en cuestión fue impactante; aunque aquí no se intentará especificar, la esclavitud antillana constituyó uno de los mayores fenómenos demográficos en la historia del mundo.

Era enteramente razonable, conforme a las corrientes políticas e ideológicas de estos tiempos, que la fuente principal de esclavos fuese África. Aunque la esclavización de aborígenes americanos en las Antillas fue importante por un corto periodo, después de la conquista este recurso desapareció rápidamente. El sistema de trabajo por contrato de europeos (*indentured labor*) también fue significativo, particularmente en el desarrollo temprano de asentamientos ingleses y franceses en las Antillas Menores; sin embargo, para 1650 esta fuente de mano de obra había disminuido drásticamente ya que las necesidades laborales en Europa estaban aumentando. Más aún, los sirvientes por contrato (*indentured servants*) eventualmente aseguraron su libertad y se convirtieron en campesinos, compitiendo así con las plantaciones en vez de trabajar en las mismas. Otras fuentes de mano de obra, además de la de África, resurgirían luego de la Revolución Haitiana y las leyes de emancipación de las potencias noreuropeas. Sin embargo, el periodo entre 1650 y 1800 no solo fue el “periodo central” para el sistema clásico de plantación, sino que también fue la época en que la mano de obra esclava dominó el escenario caribeño.

El desarrollo irregular del sistema de plantación en las colonias hispanas y su menor importancia en las islas más pequeñas, áridas y montañosas, significó que estas zonas se vieran menos afectadas por la “africanización” que las islas no hispanas y aquellas más propicias para las plantaciones. Como resultado, no es sorprendente que las proporciones de personas de origen africano sea mayor en algunas islas y naciones

¹² José Antonio Saco y Fernando Ortiz, *Historia de la esclavitud de la raza africana en el Nuevo Mundo y en especial en los países americano-hispanos*. La Habana, Cultural, 1937, t. IV, p. 63; Arthur P. Newton, *The European Nations in the West Indies, 1493-1688*. London, A & C Black, 1933, p.62.

caribeñas que en otras.¹³ Por ejemplo, en Nevis y Barbados, el asentamiento temprano de sirvientes por contratos europeos, que se convertían en campesinos independientes una vez se cumplían los términos de su obligación, fue seguido por una expansión rápida de las plantaciones y el final virtual del asentamiento europeo.¹⁴ En estas islas y en Jamaica (conquistada por Inglaterra en 1655), comunidades rurales de personas de extracción europea solo sobrevivieron en pequeños enclaves como parte de poblaciones predominantemente de origen africano. En el resto de las colonias hispanas –Puerto Rico, Cuba, y Santo Domingo– unas poblaciones europeas numerosas se estabilizaron antes de la renovada expansión del sistema de plantación en la segunda mitad del siglo XVIII, y esto aún se refleja en el carácter poblacional de estos países.

El origen africano de las poblaciones de muchas islas del Caribe ha tenido efectos culturales significativos. Aunque la distribución de formas culturales de procedencia africana es irregular (y en muchos casos problemática), es evidente que el impacto de la cultura africana ha sido mucho mayor en Haití, digamos, que en Puerto Rico. Esta diferencia en la distribución de rasgos culturales refleja la historia de la plantación con alguna fidelidad. Al mismo tiempo, es preciso recordar que el “impacto cultural africano” no consistió en la difusión de algún cuerpo indiferenciado de creencias, actitudes, formas lingüísticas u otros materiales culturales. Aunque Herskovits ha argumentado que la mayoría de los esclavos del Nuevo Mundo provenían de un área relativamente limitada de África, y aunque muchos elementos culturales específicos pueden trazarse con seguridad a África, sería extremadamente difícil atribuir una parte significativa de la cultura de cualquier pueblo caribeño contemporáneo a culturas africanas específicas. Además, la heterogeneidad cultural de los africanos esclavizados que

¹³ Wilbur Zelinsky, “The Historical Geography of the Negro Population of Latin America”, *The Journal of Negro History*, vol. 34, no. 2, April 1949, pp. 153-221.

¹⁴ Ramiro Guerra, *Sugar and Society in the Caribbean: An Economic History of Cuban Agriculture*. Trad. Marjory M. Urquidi. New Haven, Yale University Press, Caribbean Series no. 7, 1964; Herman Merivale, *Lectures on Colonization and Colonies*. London, Longman, Orme, Brown, Green and Longmans, 1841, pp. 75-76; Sidney W. Mintz, “The Question of Caribbean Peasants”, *Caribbean Studies*, vol. 1, no. 3, October 1961, pp. 31-34.

arribaron a las islas aparentemente estuvo reforzada por las prácticas de la plantación, ya que hubo intentos de impedir que cualquier número significativo de esclavos de trasfondo tribal común se concentrara en una misma plantación. Por consiguiente, pese a que es perfectamente correcto afirmar que algunas sociedades insulares estaban más “africanizadas” que otras, la introducción de grandes contingentes de esclavos africanos en una isla probablemente dice más acerca de los patrones societales, resultantes que sobre un contenido cultural.

UNA DÉBIL ORGANIZACIÓN LOCAL, UNA ESTRUCTURA BIPOLAR

El sistema de plantación fue, ante todo, un diseño agrario para la producción de bienes de exportación para mercados extranjeros –un medio para introducir el capitalismo agrario en áreas coloniales subtropicales y para integrar dichas áreas con la economía europea en expansión. Pero debido a que este sistema poseía una dinámica interna, en aquellas islas del Caribe donde floreció, también abrió camino a la creación de relaciones sociales y políticas de una índole distintiva y sumamente rígida. Debido a que las poblaciones de “las islas de plantación” estaban constituidas sustancial o principalmente por esclavos africanos cuyos destinos y actividades estaban “poderosamente controladas por minorías numéricamente insignificantes de europeos libres, se formó gradualmente un tipo de sistema político y social fundamentalmente similar en una isla tras otra. Así, el sistema de plantación se convirtió en mucho más que un modo agrario; en efecto, se convirtió en la base de un modelo societal único.

El crecimiento y la difusión del sistema de plantación por la región del Caribe estuvo íntimamente conectado a factores ecológicos y fisiográficos, al igual que lo estuvo a fuerzas de naturaleza política y económica. Es posible especificar de forma preliminar las condiciones básicas bajo las cuales las plantaciones crecieron y se dispersaron. En primer lugar, estaban confinadas en gran medida a llanuras aluviales y valles intermontañosos; su expansión inicial se dio en las partes de estas áreas que además tenían una precipitación adecuada. En segundo lugar, su crecimiento estuvo limitado en las colonias hispanas donde florecieron en primera instancia, decayendo a mediados del siglo XVI y reapareciendo con fuerza solo a finales del siglo XVIII. Las

plantaciones crecían y decrecían, no solo en consonancia con la expansión competitiva del poder colonial en manos de naciones europeas y los altibajos del mercado internacional de productos tropicales, sino también en función de políticas imperiales cambiantes. En tercer lugar, el crecimiento de la plantación antes de mediados del siglo XIX estuvo íntimamente ligado a asuntos de oferta de mano de obra. Como hemos visto, en el periodo de 1650 a 1800, la mayor fuente de mano de obra fue África y la base para relacionar esa mano de obra con la tierra fue la esclavitud. La producción de bienes tropicales requiere un gran suministro de mano de obra para periodos relativamente cortos durante el año; el régimen de plantación dependió de la habilidad de ejercer la disciplina necesaria sobre la fuerza de trabajo y la esclavitud facilitó esta configuración.

Sin embargo, tal y como se ha sugerido, el sistema de plantación no fue solamente un engranaje agrario; también se convirtió en el cimiento de todo un diseño. Este diseño conllevó la perpetuación de sociedades intensamente divididas desde un principio en dos segmentos: uno grande y sojuzgado, el otro pequeño y libre, con un monopolio del poder en las manos de este último. La necesidad de concentrar una proporción sustancial del capital que disponía el empresario de la plantación en capital humano –los esclavos– aparentemente introdujo una cierta rigidez en la operación de la plantación. Esta rigidez fue en parte económica, especialmente debido a que la demanda de mano de obra de la plantación era de carácter intensamente estacional; pero las implicaciones sociales de la inversión capitalista en ‘máquinas humanas’ fueron aún más serias. La imposibilidad para la población libre de competir en cualquier esfera local con la mano de obra esclava complementó e intensificó una especie de autosuficiencia feudal en áreas de plantación, lo cual tronchó drásticamente el desarrollo de comunidades de gente libre con diversidad de ocupaciones en esas áreas. Al carecer los esclavos de poder adquisitivo o de oportunidades de educación, instrucción religiosa, asistencia médica y recursos similares, las regiones de plantación tendieron a consistir de series ininterrumpidas de propiedades de tipo señorial (aunque capitalistas), cada una integrada por un minúsculo sector de administradores europeos y una población esclava masiva, pero políticamente inerte. Debido a que ni los amos ni los esclavos

podían transferir al marco caribeño alguna versión adecuada de sus culturas ancestrales y puesto que los esclavos en la mayoría de los casos no tenían suficientes oportunidades para utilizar la tradición cultural del amo como modelo, las formas culturales que caracterizaban la vida en la plantación usualmente se armaban a partir de lo que los esclavos mismos podían transferir de África y lo que se les permitía conservar, combinado con aquellos rasgos de la cultura europea acerca de los cuales podían aprender como parte del propio régimen de plantación.

Fue especialmente característico de estos inusuales ajustes socioculturales al sistema de plantación el que se desarrollara un código sexual que tuvo que tomar en cuenta las proporciones mayores de esclavos respecto a esclavas en la generalidad de los casos, la falta relativa de mujeres europeas libres y la indefensión sexual de la mujer esclava ante la clase dominante. El concubinato, las uniones informales entre europeos libres y mujeres esclavas y la estabilización de un “patrón de queridato” en muchas sociedades del Caribe condujo inevitablemente al crecimiento de un grupo intermedio en apariencia física y, en muchos casos, también en estatus social. Sin embargo, este grupo raramente sirvió para aunar los rangos más altos con los más bajos del orden social; fue mucho más común que la categoría socialmente intermedia tendiera a afiliarse lo mejor que pudiera con aquellos en el poder.

Las colonias hispanas se apartaron hasta cierto punto de este panorama general, porque alegadamente los esclavos estaban mejor integrados jurídica y religiosamente a los sistemas sociales insulares. No obstante, de igual o mayor importancia fue la fuerza del control ultramarino español sobre el gobierno local, el crecimiento sustancial de poblaciones criollas no africanas (y no esclavas) y el resurgimiento tardío del sistema de plantación. También fue importante el establecimiento de grupos de plantadores criollos en las islas hispanas, los cuales podían ofrecer a sus esclavos modelos familiares y de aculturación que en gran medida estaban ausentes de las colonias caribeñas de plantación pertenecientes a las potencias noreuropeas. Más que las otras, las colonias hispano caribeñas fueron pobladas por europeos que habían llegado para quedarse y convertirse en “criollos”; en las islas hispanas los esclavos africanos nunca sobrepasaron a los hombres

libres de origen europeo. La importancia de este patrón para la aculturación de los esclavos y para el crecimiento de ideologías de nacionalidad en las islas españolas es muy notable.

LA INTERACCIÓN PLANTACIONES-CAMPESINOS

El sistema de plantación, sin embargo no se desarrolló en el vacío. En cada isla, este sistema tuvo que tomar en cuenta la preexistencia de otras adaptaciones económicas, o de variaciones locales que se desarrollaron dentro de la esfera operacional de la plantación. El perfil complementario del sistema de plantación fue la precedencia, la concurrencia o el desarrollo subsiguiente de clases agrarias en pequeña escala, que acomodaban su estilo de vida a la existencia del sistema de plantación, vivían abiertamente en oposición a él u ocupaban áreas donde la plantación había florecido, solo para decaer debido a cambios en el ámbito político o económico. En todos esos casos, la adaptación campesina era “artificial” en el sentido de que no se trataba de campesinados autóctonos sobre los cuales el sistema de plantación se hubiese implantado. Las comunidades campesinas tempranas de los asentamientos noreuropeos en las Antillas Menores surgieron de grupos de trabajadores que habían completado sus obligaciones (*indentured*) y se convirtieron en poseedores o propietarios independientes (*freeholders*).¹⁵ Las aldeas campesinas de Jamaica fueron un desarrollo postemancipación, mayormente una creación de las iglesias misioneras e integradas por libertos que habían aprendido destrezas de subsistencia aún siendo esclavos¹⁶; el campesinado de Haití logró una tenencia segura mediante la revolución;¹⁷ y las comunidades cimarronas que adoptaron la agricultura en sociedades tales como Jamaica, Cuba y Puerto Rico tuvieron que vivir bajo la amenaza

¹⁵ Sidney W. Mintz, “Caribbean Society”, en David L. Sills, and Robert King Merton (eds.), *International Encyclopedia of the Social Sciences*. New York, Macmillan, 1968, pp. 306-319.

¹⁶ Sidney W. Mintz, “Historical Sociology of the Jamaican Church-founded Free Village-System”, *De West-Indische Gids*, vol. 38, nos. 1-2, September 1958, pp. 46-70; Sidney W. Mintz y Douglas Hall, *The Origins of the Jamaican Internal Marketing System*, Serie Yale University Publications in Anthropology, vol. 57, 1960, pp. 3-26.

¹⁷ James G. Leyburn, *The Haitian People*. New Haven, Yale University Press, 1941.

diaria de ataque y destrucción por parte de los plantadores.¹⁸ En la mayoría de las Antillas Menores, las aldeas tempranas de campesinos europeos fueron eliminadas por la propagación de la plantación en o antes del 1700.¹⁹ En las Antillas hispanas, el resurgimiento de la plantación a fines del siglo XVIII y la legislación laboral represiva que lo acompañó tuvo el efecto de socavar a las adaptaciones campesinas y a los ocupantes sin título de la altura.²⁰ Por ende, en estos casos, y en otros, la contraposición de plantación y campesinado fue esencialmente negativa –una lucha entre dos modos distintos de organización económica:

Podría ser conveniente para ciertos propósitos ver el ascenso del campesinado caribeño como si ocurriera en tres contextos distintos. Primeramente hubo colonos que se dedicaron a la agricultura en pequeña escala como campesinos independientes durante los comienzos del asentamiento en posesiones individuales. En mayor o menor grado, esta clase de campesinado tomó forma en todos los asentamientos iniciales de las Antillas y no solo en las hispanas. En segundo lugar, hubo –a falta de un mejor término– un “protocampesinado” que evolucionó bajo la esclavitud, debido a las circunstancias particulares que permitieron u obligaron a los esclavos a producir la mayoría de sus alimentos, suplir muchas de sus necesidades y, muy importante, a vender sus excedentes y disponer con mayor o menor libertad de sus ganancias. Jamaica es quizás el mejor ejemplo. Finalmente, hubo campesinados que evolucionaron durante la esclavitud, pero en oposición abierta a ella. Me refiero aquí a los experimentos de Palmares, los asentamientos cimarrones afro surinameses, los cimarrones de Jamaica y los “palenqueros” de Cuba, entre otros. Debido a que los propietarios de esclavos y los gobiernos metropolitanos reiteradamente in-

¹⁸ Véase, por ejemplo, Francisco Pérez de la Riva, “El negro y la tierra, el conuco y el palenque”, *Revista Bimestre Cubana*, vol. 58, núms. 2-3, 1946, pp. 97-132; Melville J. Herskovits, *The Myth of the Negro Past*. New York, Harper & Bros. Publishers, 1941, p. 94.

¹⁹ Herman Merivale, *op. cit.*, 1841; Eric Williams, *Capitalism and Slavery*. Chapel Hill, University of North Carolina, 1944.

²⁰ Sidney W. Mintz, “The Role of Forced Labour in Nineteenth-Century Puerto Rico”, *Caribbean Historical Review*, vol. 2, 1951, pp. 134-141 y “Labor and Sugar in Puerto Rico and Jamaica, 1800-1850”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 1, no. 3, March 1959, pp. 273-281.

tentaron destruir estos asentamientos, los habitantes vivieron bajo la amenaza constante de guerra y su integración económica con el mundo exterior se vio igualmente deteriorada. En la medida en que se vieron obligados a mantener un aislamiento total, estos asentamientos no fueron, hablando tipológicamente, “comunidades campesinas”. Esta división en tres categorías es provisional y ciertamente no cubre muchas variaciones importantes. Sin embargo, sugiere una manera preliminar de integrar la descripción de los primeros campesinados antillanos a la particular historia socio-económica de esa región.²¹

El dominio de la plantación sobre las regiones aluviales más fértiles en aquellas islas donde floreció ha persistido generalmente hasta el presente, siendo Haití la mayor excepción ya que el sistema de plantación nunca se recuperó luego de 1804 y donde, incluso hoy, la economía campesina domina el paisaje rural.²² En otros lugares –de nuevo, exceptuando aquellas islas donde la aridez, la baja fertilidad del suelo y la topografía escabrosa excluyeron la propagación de plantaciones– el balance plantación-campesinado continúa hasta hoy día.

Debido a que el sistema de plantación siempre ha recibido respaldo y protección oficial mientras que los sistemas del campesinado raramente han sido respaldados y protegidos, las diferencias entre ambos sectores en la mayoría de las sociedades insulares siempre han sido evidentes fuera de ámbitos puramente económicos. Generalmente, la transportación y la comunicación, las facilidades de irrigación y muchos otros beneficios se han concedido con preferencia a las empresas de plantación.²³ Mientras tanto, los campesinados del Caribe siem-

²¹ Sidney W. Mintz, “The Question of Caribbean Peasantries”, *Caribbean Studies*, vol. 1, no. 3, October 1961, pp. 31-34.

²² Paul Moral, *Le paysan haïtien. Étude sur la vie rurale en Haïti*. Paris, G. P. Maisonneuve & Larose, 1961.

²³ Sidney W. Mintz, “Yeoman Cultivators and Rural Proletarians in the Caribbean Regions”, *C.N.R.S. International Colloquium on Agrarian Reform in Latin America*, in press. Este artículo aparece publicado en francés bajo Sidney W. Mintz, “Petit cultivateurs et prolétaires ruraux dans la région des Caraïbes”, en Centre National de la Recherche Scientifique, Pierre Monbeig, and François Chevalier, *Les problèmes agraires des Amériques Latines [Actes du Colloque International organisé à], Paris, 11-16 octobre 1965*. Paris, Éditions du CNRS, 1967, pp. 93-100.

pre se han visto como sectores “retrógrados” y “conservadores” de las economías insulares. Como son sectores caracterizados por un uso intensivo de mano de obra y pobreza de capital, el rezago y el conservadurismo son, en efecto, característicos, aunque no siempre por las razones que convencionalmente se aducen. Los orígenes de los campesinados caribeños en revolución y emancipación, su confinamiento a las zonas ecológicas menos favorables y su pobreza también han significado que generalmente perpetúan más materiales culturales del pasado, quizás particularmente del pasado africano (y mucho menos del amerindio). Durante la transformación de los sectores de plantación a modernas “fábricas en el campo”, particularmente luego de 1900, los sectores del campesinado quedaron aún más rezagados ya que las carreteras modernas, los sistemas de comunicación y las tiendas de raya (*company stores*) se desarrollaron en las zonas costeras. Por ende, en cierta medida el contraste entre campesinos y plantaciones se ha marcado aún más en este siglo.

El “balance” particular entre sectores del campesinado y de la plantación varía significativamente de país en país. Haití, por ejemplo, sigue siendo un país absolutamente rural mientras que Puerto Rico apenas tiene productores agrícolas que todavía pudieran cualificar como “campesinos”.²⁴ Lo que distingue al Caribe en estos aspectos no es una mezcla específica de dos adaptaciones agrosociales, sino el hecho de que casi todas las sociedades antillanas poseen dicha mezcla, engendrada por la historia social especial de la región.

IMPORTACIONES MASIVAS Y SUCESIVAS DE TRABAJADORES INMIGRANTES

Entre 1838, año en que la población esclava de las Antillas Británicas fue emancipada, y 1886, cuando Cuba liberó a sus esclavos, el Caribe experimentó una escasez de mano de obra en la industria azucarera. Esta escasez no fue absoluta, pero sí relativa al sueldo que los propietarios de plantaciones estaban dispuestos a pagar. En varias sociedades antillanas (aunque no en todas), la solución de tal “escasez de mano de obra” fue la importación masiva de trabajadores adicionales. A pesar de que algunos africanos libres vinieron al Caribe por

²⁴ *Ibid.*

contrato y muchos trabajadores fueron importados desde Portugal, las Islas Canarias, Madeira y otras partes de Europa, la nueva fuente principal de mano de obra fue Asia. Durante un siglo se introdujeron más de 135,000 chinos y casi 250,000 indios en el Caribe. Otros trabajadores vinieron de Indochina, Java y demás; las sociedades más afectadas por estas migraciones fueron Guyana holandesa (Surinam), Guayana Inglesa, Trinidad, Cuba y Jamaica. Sin embargo, corrientes migratorias más pequeñas alcanzaron igualmente otros territorios caribeños. Más aún, la trayectoria variable de la industria azucarera conllevó sucesivas “carencias” de mano de obra en otras regiones. En trece años (1912-1924), casi 250,000 jamaíquinos y haitianos fueron importados a Cuba donde una industria azucarera floreciente, bajo tutelaje norteamericano había creado una repentina escasez de obreros suficientemente dispuestos a trabajar.²⁵ Nuevas plantaciones bananeras en Centroamérica y la construcción del Canal de Panamá crearon otras necesidades laborales en el continente que debían ser saciadas por antillanos. Para 1939, la Guyana Holandesa había recibido 33,000 javaneses; y trabajadores indios embarcados a las islas británicas habían comenzado a gravitar a las Antillas Francesas y a la Guyana Holandesa.

Los efectos de estas movilizaciones bastante masivas de gente en las sociedades y culturas caribeñas son impactantes. Para empezar, se debe tomar en cuenta que cada una de estas migraciones significó la introducción de personas cultural y, a menudo, físicamente, heterogéneas. Además, muchas de estas migraciones consistían principal o enteramente de varones, tanto así que los migrantes usualmente solo podían mantener porciones selectas de sus formas culturales ancestrales. Quizás más importante aún es el hecho de que estos migrantes se trasladaban a sociedades largamente establecidas y que ya se dividían mayormente en dos segmentos socioculturales principales: una clase pequeña de propietarios, directores y profesionales cuya descendencia era principalmente europea y una clase muy numerosa de personas sin tierras, principalmente de descendencia no europea. Las estructuras bipolares de estas sociedades fueron más limitantes aún para los recién

²⁵ Ramiro Guerra, *op. cit.*, 1964.

llegados ya que existían pocas oportunidades de educación superior, desarrollo de destrezas empresariales o aculturación a la metrópoli. Por consiguiente, migrar a dichas sociedades implicó, por lo general, confinarse, a largo plazo, a un estatus de clase trabajadora con poca recompensa por un esfuerzo especial o por excelencia nativa de cualquier tipo de estos grupos. Puesto que los migrantes se encontraron, de cualquier forma, en competencia activa con sus predecesores por las oportunidades de empleo disponibles, fue casi inevitable que la aculturación mutua entre dichos grupos fuese mínima y que la identificación étnica se intensificara hasta cierto punto. Así ha resultado quizás particularmente con los “indios orientales”; es decir, indios del subcontinente asiático, quienes eran llamados así para distinguirlos de los “amerindios” y los “antillanos” de la Guayana británica; pero procesos similares son evidentes en otras tierras caribeñas y grupos étnicos.²⁶

Migraciones comparables se han dado en otras áreas como el sureste de Asia y Oceanía con algunas consecuencias paralelas. Tal vez un criterio de comparación es en qué medida estos grupos de migrantes se han encontrado chocando codos con otros grupos cuyo linaje no es mucho más antiguo. En el Caribe, la ausencia de una población receptora nativa con una cultura homogénea desarrollada *in situ*, probablemente atrasó, hasta cierto grado, el proceso de aculturación. Las implicaciones que esto conlleva deben aclararse luego de establecer el siguiente punto.

LA AUSENCIA PREVALENTE DE UNA IDEOLOGÍA DE IDENTIDAD NACIONAL

Cuatro factores históricos paralelos de peso desigual han servido tanto para propiciar que las sociedades del Caribe sean similares como para crear detalladas diferencias sociocultura-

²⁶ Michael G. Smith ha aplicado el concepto de “la sociedad plural” de Furnivall al estudio del Caribe, primeramente en su ensayo “A Framework for Caribbean Studies”, *Caribbean Affairs Series*, Mona, Extra-Mural Department, University College of the West Indies, [1955] y, desde entonces, en numerosas publicaciones, incluyendo *Stratification in Grenada*. Berkeley, University of California Press, 1965 y *The Plural Society in the British West Indies*. Berkeley, University of California Press, 1965. Van Lier fue el primer científico social en intentar crear una declaración teórica general relativa a las características estructurales comunes de las sociedades del Caribe (*op. cit.*, 1950); Smith ha llevado el tema más lejos.

les entre ellas. Los procesos de sucesión étnica y de agregación han variado considerablemente de una isla o de un territorio al otro, aumentando la diversidad sociocultural con mayor rapidez en algunos casos. Al mismo tiempo casi todas las sociedades del Caribe experimentaron una o más fases del ciclo de plantación, aunque han variado las intensidades del desarrollo de las plantaciones y sus particulares formas locales variaron. Otra fuerza histórica paralela, también con consecuencias sociológicas diferenciadoras, ha sido la duración y el carácter vario del control político metropolitano. Así, mientras que Haití se independizó al principio del siglo diecinueve, Santo Domingo a mediados del mismo y Cuba a inicios del veinte, a Trinidad-Tobago y Jamaica se les concedió la independencia política solo hace unos años y los territorios e islas restantes continúan unidas en relaciones de dependencia a sus metrópolis bajo una variedad de acuerdos políticos. Más aún, la presencia política de los Estados Unidos ha sido mucho más penetrante en algunas sociedades –como Puerto Rico, Cuba y Haití– que en otras. Finalmente, los patrones culturales de los poderes en control, aunque transmitidos por un diseño colonial crudamente uniforme, han afectado la naturaleza de las sociedades locales en estas tierras de manera diferenciada, las sociedades imperiales como la holandesa, inglesa, francesa, española y la norteamericana, entre otras, de ninguna manera tuvieron el mismo impacto sobre sus respectivas colonias. Estos motivos de diferencia, junto con otras consideraciones (como el tamaño, la ecología, la ubicación estratégica y los recursos naturales de cada unidad), han creado un mosaico sociocultural complejo. Es a la luz de esta complejidad que uno busca aquilatar la presencia de un sentido de identidad nacional en una sociedad caribeña. Por “identidad nacional” se entiende aquí un sentido subjetivo y compartido de pertenencia al estado nación y de considerarlo como uno propio. El autor observa que no es fácil que en una sociedad caribeña ese sentido dependa de ser parte de una tradición y cultura metropolitana, aunque ciertamente podría emplear esa misma tradición. Los habitantes de una sociedad caribeña, en otras palabras, tienen una identidad nacional en la medida en que sienten que forman parte de un ente separado e independiente.

Debido a que las sociedades caribeñas son sociedades inmigrantes, las maneras en que los inmigrantes podrían asi-

milarse a la vida local –sus logros y fracasos en volverse cubanos, jamaquinos, guyaneses, etc.– han probado ser sumamente importantes a la hora de afectar el carácter y la fuerza de la identidad nacional en cada caso. De igual manera, si alguna identidad nacional surgió tempranamente en la historia particular de una isla o sociedad en particular, antes de que ocurrieran inmigraciones masivas adicionales, ello afectó significativamente los procesos de asimilación subsiguientes. El poder asimilativo de una identidad nacional –es decir, de una cultura e ideología nacional– gira en torno a la presencia de un cuerpo de valores y comportamientos que puedan mediar para unir a un pueblo pese a diferencias sociales y económicas (expresadas en términos de clase, color, idioma y otras variables diferenciadoras). Un alto grado de afinidad en cuanto a entendidos convencionales, expresado tanto en el comportamiento como en los valores de un pueblo, debería significar la existencia de una identidad nacional más “sólida” o “integrada” que en aquellos casos donde el grado de afinidad es mucho menor.

Pero la identidad nacional es extremadamente difícil de precisar, en gran parte porque los valores que conlleva rara vez están plenamente articulados y porque distintos sectores de una población nacional a menudo hacen usos simbólicos diferentes (aunque concordantes) de la cultura. Desde la perspectiva de un grupo masivo de migrantes recién llegados, la cultura e ideología nacional pueden obrar al máximo como medio de aculturación y asimilación siempre que haya un grupo o grupos en la sociedad receptora que puedan servirle de modelo.²⁷ Por consiguiente, el surgimiento inicial de una cultura e ideología nacional en las sociedades del Caribe aparenta haber dependido en gran medida de las posibilidades de crecimiento de un grupo “criollo” (esto es, de origen en el Viejo Mundo, pero nacido en el Nuevo) cuyas identidades primordiales radicaban en la nueva sociedad, en lugar de sus culturas ancestrales de origen. Dicha estabilización

²⁷ La facilidad de la asimilación aumenta también por la capacidad de la sociedad receptora de ayudar a los recién llegados a seguir una dirección económica ascendente –como ha ocurrido frecuentemente en Estados Unidos, por ejemplo– o por la posesión por parte de la sociedad de una ideología tan invasora que la aceptación de los valores de la cultura no depende del logro de la movilidad social o económica, como parece ser el caso en el Reino Unido.

criolla ocurrió de forma más clara en el Caribe hispano, donde los colonizadores llegaron para quedarse y, pronto, unos criollos puertorriqueños, cubanos, y dominicanos –en marcado contraste con los españoles o peninsulares– comenzaron a crear culturas insulares genuinas. Estas culturas representaron la entremezcla de elementos hispanos, amerindios y africanos en cruces enteramente nuevos y distintivos. Estas culturas fueron hasta cierto punto adaptaciones de frontera y representaron simplificaciones de las culturas de origen. Sin embargo, estas “simples” culturas eran adecuadas para las necesidades locales y no eran meras “diluciones” o “deculturaciones”. Las descripciones de las sociedades cubanas y puertorriqueñas en el siglo XVIII, por ejemplo, dejan claro que las culturas nacionales de estas islas, cada una con su sabor especial, habían surgido con fuerza.²⁸

Algo similar a este proceso ocurrió en las colonias francesas, pero con algunas diferencias generales significativas: la contribución cultural amerindia a la cultura criolla del Caribe francés fue poco significativa; el sistema de plantación se desarrolló temprano y con fuerza, con lo cual confinó por varios siglos el crecimiento de una identidad cultural insular al molde de la plantación. Las oportunidades para consolidar

²⁸ He evitado abordar la cuestión de los idiomas en el área del Caribe en este ensayo. En las islas no se hablan idiomas aborígenes; los pocos restantes Caribes de Dominica ya no usan su lengua ancestral (la cual era arahuaca, no caribe). En muchas islas, los idiomas criollos son hablados por algunos segmentos de la población; en Haití, el *créole* es hablado por todas las clases y solo una minoría de la clase alta emplea el francés también. En las actuales y antiguas islas francesas se emplea el *créole* de carácter léxico básicamente francés que, sin embargo, posee una sintaxis distintiva; en las actuales y antiguas islas británicas, dialectos no estándares del inglés son usados por algunas clases; y en Curaçao, Aruba y Bonaire se usa un criollo de base léxica hispano-portuguesa llamado papiamento y también el neerlandés. A la postre, la socio-lingüística tendrá mucho que decir respecto de las culturas nacionales del Caribe desde el punto de vista lingüístico, pero el estudio de dichos problemas en las islas está aún en su infancia. Podría ser significativo que solo en el Caribe hispano los idiomas criollos o los distintos dialectos no estándares del idioma nacional no existen. Véase William A. Stewart, “Creole Languages in the Caribbean” en Frank A. Rice (ed.), *Study of the Role of Second Languages in Asia, Africa, and Latin America*. Washington, Center for Applied Linguistics of the Modern Language Association of America, 1962), pp. 34-53; Douglas Taylor, “New Languages for Old in the West Indies”, *Comparative Studies in Society and History*, vol. 3, no. 3, April 1961, pp. 277-288.

nuevas culturas de frontera en áreas al margen del sistema de plantación— las cuales eran comunes en el Caribe hispano— fueron más limitadas en las colonias francesas.

El Caribe británico y holandés, en fuerte contraste con el Caribe hispano, carecía de todas aquellas fuerzas de mayor importancia en el desarrollo de nuevas identidades culturales en las islas. No tenían una religión misionera a la cual hubiesen podido exponer a los esclavos y así aculturarlos parcialmente. Tampoco existía un control ultramarino firme sobre las decisiones locales que afectaban a los esclavos, permitiendo así que los poseedores del poder local ejercieran un dominio más severo y arbitrario sobre las poblaciones esclavas, lo cual también atrasó la aculturación; sus grupos de plantadores eran menos propensos al asentamiento, y era más probable que concibiesen sus vidas en las islas como exilios temporeros y —en la medida en que se daban relaciones sexuales ilícitas con mujeres esclavas— que sintiesen menos responsabilidad como padres hacia su prole bastarda. Por lo tanto, grupos sociales intermedios crecieron más lentamente en estas islas, y cuando así sucedió no eran criollos del tipo hispano. Para mediados del siglo XIX y posteriormente, a medida en que se renovaron los flujos de migrantes que eran cultural y/o físicamente diferentes a las Guayanas, Trinidad, Jamaica, Cuba y las islas holandesas y francesas, estas sociedades difirieron notablemente respecto a sus capacidades de absorber y aculturar.

Dicho en esos términos, puede verse que se propone una correlación negativa entre los regímenes coloniales y de plantación y el desarrollo de identidades e ideologías nacionales. Dicha formulación es ciertamente muy simplista para explicar las numerosas variaciones en la estructura societal del Caribe contemporáneo; pero quizás pueda ayudar a explicar por qué culturas tales como las de Cuba y Puerto Rico por un lado, y sociedades como las de Jamaica y Surinam, por el otro, en general transmiten impresiones totales tan significativamente distintas al observador extranjero.

UN COLONIALISMO DURADERO Y PERSISTENTE

Por lo tanto, el panorama caribeño es muy diferente, digamos, al de Nigeria o al de India, donde el problema de integración nacional consiste en consolidar en una estructura viable

unas agrupaciones que son cultural, lingüística y económicamente diversas, y cuya existencia antecede la independencia política. Los grupos étnicos del Caribe han sentido los efectos del control colonial impuesto desde lejos, implementado de manera más o menos precisa por pequeñas minorías poderosas, a menudo cultural o físicamente distintas de aquellos grupos; todos han experimentado la tendencia a engranar las identidades étnicas y de clase en situaciones de movilidad restringida; todos han señalado la relativa inaccesibilidad y ajenidad de las normas que rigen el comportamiento de las minorías dominantes. Una forma de entender el dilema de crear una identidad nacional en muchas sociedades caribeñas es tomando en cuenta que, en ciertos casos, mientras más uno se acultura a las normas gobernantes del grupo dominante, más se enajena de la conciencia local nacional y se transforma en un cuasi europeo en exilio:

Pues es esa experiencia compartida de separación de su tierra original lo que convierte en colonial tanto al amo como al esclavo. Ser colonial es estar en un estado de exilio. Y el exilio es siempre colonial por las circunstancias: un hombre colonizado por su incestuoso amor a un pasado cuya gloria no amerita nuestro suicidio humano total; colonizado por una prostitución popular de talentos cuyos dividendos sabe que no merece; colonizado por una conciencia abstracta que debe identificar su necesidad con la aflicción de otro mediante un proceso de afecto llamado justicia; colonizado por la aceptación apenas tolerable de la querrela doméstica; colonizado, si de piel negra, por el agonizante asalto del ojo del otro cuyos significados están basados en una manera de ver que él intenta cambiar en vano; y por último, colonizado por alguna visión ausente que, por faltarle otra fe, llama con esperanza el Futuro.²⁹

No fue, pues, algún “colonialismo” monolítico y uniforme el que trajo al mundo el problema de la identidad caribeña. Las colonias caribeñas no eran posesiones imperiales europeas erigidas sobre masivas bases autóctonas en áreas de grandes civilizaciones letradas en decadencia, como ocurrió en

²⁹ George Lamming, *The Pleasures of Exile*. London, M. Joseph, 1960, p. 229.

India e Indonesia; no eran meros puertos comerciales como Macao o Shanghai, donde el traspais ancestral de su cultura podía permanecer sorprendentemente intacto a pesar de un considerable ejercicio de poder europeo; no eran mosaicos “tribales” en donde los colonizadores europeos llevaran a cabo su explotación, acompañada de una curiosa visión de una misión “civilizadora”, como lo hicieron en el Congo o Nueva Guinea; tampoco eran áreas de intenso asentamiento europeo cuyas nuevas formas de cultura sirvieron de “anclaje” aculturacional para los recién llegados, como en Estados Unidos o Australia. Eran, de hecho, las colonias “industriales” más antiguas de Occidente fuera de Europa, trabajadas casi totalmente por poblaciones introducidas, y moldeadas con peculiar intensidad y ubicuidad según las necesidades europeas. Resulta extremadamente importante señalar que en el Caribe, el sistema de plantación fue una forma de desarrollo capitalista, un hecho parcialmente oculto por su dependencia en la esclavitud; que su organización fue altamente industrial, pese a que esto es difícil de discernir debido a su base agrícola; que la noción de “ciudadanía” generalmente no formó parte de la iniciativa imperial de los colonizadores; y que con o sin independencia política, la formación de cualquier integridad cultural siempre se ha rezagado tras la perpetuación de estructuras socio-económicas bipolares y tradicionales, por lo regular, establecidas casi a comienzos del periodo de asentamiento de cada territorio.

De ahí que la atmósfera colonial del Caribe es probablemente distintiva y, al enumerar todos sus rasgos constituyentes, puede incluso ser única en el mundo moderno. Si bien existen diferencias muy significativas que distinguen al Caribe hispano del resto, y si bien la temprana soberanía política (como en el caso de Haití) puede matizar cualquier generalización que uno exponga sobre el conjunto de la región, existen maneras fundamentales de contrastarla provechosamente con áreas tales como el oeste africano, el sudeste asiático o las tierras altas de Latinoamérica.

UN ALTO GRADO DE INDIVIDUACIÓN

El argumento aquí presentado es que las sociedades caribeñas figuran entre las más occidentalizadas del mundo moderno. La occidentalización en estos casos está vinculada

a la antigüedad de las sociedades caribeñas como colonias, la temprana introducción de un tipo de organización económica agroindustrial capitalista y la ruptura tanto de sociedades aborígenes como de las culturas ancestrales de los grupos inmigrantes que las suplantaron. La “occidentalización” es por supuesto un término con significados muy imprecisos. Según se emplea aquí, se refiere principalmente a los efectos de un contacto prolongado, del modo principal de organización económica y de la eliminación de lo “primitivo” en las culturas de los pueblos caribeños. Esta “occidentalización” ha sido difícil de percibir, en parte porque las sociedades caribeñas han permanecido predominantemente pobres, rurales y agrarias –características comúnmente asociadas con el mundo no occidental. Pero la pobreza de la región no originó en el estado técnico rudimentario de pueblos aborígenes, sino que llegó como acompañante de una empresa agrícola altamente organizada con una orientación comercial de monocultivo, trabajada por esclavos y trabajadores forzados. A pesar de que la plantación dominó en los llanos aluviales y los valles intermontañosos, las adaptaciones campesinas reconstituidas tenían generalmente que asumir sus formas típicas en las zonas agrícolas menos favorecidas ante la ausencia de tradiciones agrícolas integradas y frente a una resistencia de parte de la plantación (y a menudo hasta del gobierno). La ruralía de la región, entonces, no es la ruralía de horticultores tribales o de civilizaciones agrícolas antiguas, sino la consecuencia de un sistema industrial que, según acaeció, se basó en la agricultura en lugar de fábricas. Así, el área del Caribe pone de relieve algo ya bastante conocido en cuanto a zonas agrícolas retrasadas al interior de sociedades más obviamente occidentalizadas, como en el sur de Estados Unidos: cualquier ausencia de “occidentalización” es en realidad el subproducto de las formas particulares de control occidental impuesto a los habitantes.

Pero hay más que decir en cuanto a este argumento. Si uno intentara clasificar comunidades caribeñas a lo largo de un continuo, tal como aquel que desarrolló Robert Redfield³⁰ con la comunidad más aislada, homogénea y técnicamente retrasada en un polo, y la más urbana, heterogénea y técnicamente

³⁰ Robert Redfield, *The Folk Culture of Yucatan*. Chicago, The University of Chicago Press, 1941.

avanzada en otro, probablemente sería erróneo designar a una ciudad como Basse-Terre o Pointe à Pitre, Guadeloupe o Kingston, Jamaica, para que representara al polo urbano. Para muchas sociedades caribeñas, las comunidades más “urbanas” no son las ciudades sino las plantaciones.³¹ La gama de servicios modernos –carreteras, comunicación, electricidad, facilidades médicas, etcétera– y el modo de vida industrial probablemente serían tan (o más) “urbanos” en una plantación azucarera fuera de Port-au-Prince, Haití, de lo que serían dentro de la propia ciudad. En otras palabras, el Caribe ha sido más “urbanizado” y “occidentalizado” por sus plantaciones, refinerías de petróleo y minas de aluminio que por sus ciudades; y la prolongada historia de la plantación en la región ha permitido un intenso y particular tipo de occidentalización.

Respecto a la interacción social, los procesos de urbanización y occidentalización –al menos en algunos aspectos importantes– por consiguiente, han avanzado aún más en la ruralía de la plantación que en ninguna otra parte de las sociedades caribeñas. Un aspecto extremadamente importante de estos procesos es el grado al cual han individualizado a los pueblos caribeños, particularmente en lo que concierne a su vida económica. Las implicaciones teóricas de esta aseveración son muy serias y no pueden ser tratadas adecuadamente en este artículo; pero al menos alguna elucidación de este punto es necesaria. Muchos investigadores de las sociedades caribeñas se han visto sorprendidos por la relativa ausencia de actividad comunitaria en la vida cotidiana; centros institucionales tales como la iglesia, la escuela, el club social y el comité del partido político son propensos a estar totalmente ausentes o al menos ser muy irrelevantes en la vida social de la comunidad rural. Parece razonable argumentar que la debilidad de la organización comunitaria en el Caribe se originó, al menos en parte, en el dominio de la plantación sobre sociedades insulares y en los efectos a largo plazo de esta estructura organizativa sobre la vida local. Quizás fue particularmente importante en este renglón la fuerza con que el sistema de plantación man-

³¹ Sidney W. Mintz, “The Folk-Urban Continuum and the Rural Proletarian Community”, *American Journal of Sociology*, vol. 59, no. 2, September 1953, pp. 136-143.

tuvo la sociedad dividida en dos segmentos sustancialmente distintos y la relativa incapacidad de dicho sistema de generar o atraer agrupaciones sociales intermedias que pudieran actuar de vínculo entre poderosos y desvalidos en la vida comunitaria local.³² Hemos visto que el desarrollo de la cultura criolla y la periódica ausencia o decadencia de la economía de plantación contribuyó al desarrollo de la identidad nacional en algunas sociedades del Caribe, pero en muchas otras estos procesos permanecen rezagados. Tanto a nivel nacional como local, el trabajo forzado, la inmigración forzada y el sistema de plantación han dejado su huella.

Sin embargo, la ausencia de una vida comunitaria o un espíritu comunitario desarrollado no es sino un aspecto de la individuación de los pueblos caribeños. Otro aspecto de dicha individuación parece revelarse en las formas particulares de parentesco, emparejamiento y domésticas que tipifican la vida rural. Muchos investigadores del Caribe han señalado que entre las personas de clase baja rural, las uniones consuetudinarias o consensuales son a menudo estadísticamente predominantes; que las uniones sexuales son “frágiles” y que se disuelven con frecuencia; que las uniones consensuales en serie son comunes y que los matrimonios monógamos ininterrumpidos y civilmente sancionados son la excepción en varias comunidades. De mano con estas prácticas de emparejamiento van sistemas de parentesco de índole notablemente superficial; pocos parientes son reconocidos terminológicamente y los grupos de parentesco que actúan en conjunto sobre asuntos de interés común, tan típicos de muchas sociedades no occidentales o “subdesarrolladas”, son, sin duda, extremadamente raros. Esta representación muy elemental y general de la situación

³² El dr. Peter Wilson ha sugerido que estoy poniendo demasiado énfasis en el sistema de plantación y atenuando el código sexual que dominó sus relaciones sociales en mi interpretación. Ciertamente es correcto que la relativa debilidad de la estructura familiar entre los esclavos en la mayoría de las situaciones de la plantación impidió/dificultó/obstaculizó grandemente el desarrollo de cualquier estructura comunitaria viable –puesto que las relaciones comunitarias son comúnmente construidas hacia el exterior del núcleo de la unidad familiar. Pero creo que las circunstancias subyacentes en el área del Caribe son atribuibles al propio sistema de plantación y las limitaciones que éste impuso al crecimiento de *cualquier* nexo institucional para la vida en comunidad.

caribeña violenta gravemente las variaciones locales de forma y evade los asuntos técnicos antropológicos que se suscitan; pero probablemente está acertada, tan lejos como llegue.³³

³³ La literatura sobre la organización social y doméstica y las prácticas caribeñas han crecido muy rápidamente en los pasados 15 años. Aunque cualquier intento de proveer una bibliografía completa sería poco práctico en un documento breve de este tipo, los siguientes son algunos de los principales trabajos recientes sobre este tema: Rémy Bastien, *La familia rural haitiana*. México City, Libra, 1951 y "Haitian Rural Family Organization", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 478-510; Judith Blake, "Family Instability and Reproductive Behavior in Jamaica", en *Current Research in Human Fertility. Papers Presented at the 1954 Annual Conference of the Milbank Memorial Fund*. New York, Milbank Memorial Fund, 1955, pp. 24-41; de la misma autora, *Family Structure in Jamaica. The Social Context of Reproduction*. New York, Free Press of Glencoe, 1961; Edith Clarke, *My Mother Who Fathered Me. A Study of the Family in Three Selected Communities in Jamaica*. London, G. Allen & Unwin, 1957; Yehudi A. Cohen, "Structure and Function: Family Organization and Socialization in a Jamaican Community". *American Anthropologist*, New Series, vol. 58, no. 4, August 1956, pp. 664-686; Suzanne Comhaire-Sylvain, "Courtship, Marriage and Plasaj at Kenscoff, Haiti", *Social and Economic Studies*, vol. 7, no. 4, December 1958, pp. 210-233 y "The Household at Kenscoff, Haiti", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 2, June 1961, pp. 192-222; George E. Cumper, "The Jamaican Family: Village and Estate", *Social and Economic Studies*, vol. 7, no. 1, March 1958, pp. 76-108 y "Household and Occupation in Barbados", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 386-419; William H. Davenport, "A Comparative Study of Two Jamaican Fishing Communities". Ph.D. Dissertation, Yale University, 1956; véase también del mismo autor: "Introduction", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 380-385; "The Family System of Jamaica", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 420-454; William J. Goode, "Illegitimacy in the Caribbean Social Structure", *American Sociological Review*, vol. 25, no. 1, February 1960, pp. 21-30 y "Illegitimacy, Anomie, and Cultural Penetration", *American Sociological Review*, vol. 26, no. 6, December 1961, pp. 910-925; Sidney Greenfield, "Family Organization in Barbados". Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1958; Sidney M. Greenfield, "Socio-Economic Factor and Family Form: A Barbadian Case Study", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 1, March 1961, pp. 72-85; Fernando Henriques, "West Indian Family Organization", *Caribbean Quarterly*, vol. 2, no. 1, 1951-1952, pp. 16-24; del mismo autor, *Family and Colour in Jamaica*. London, Eyre & Spottiswoode, 1953; Chandra Jayawardena, "Marital Stability in Two Guianese Sugar Estate Communities", *Social and Economic Studies*, vol. 9, no. 1, March 1960, pp. 76-100 y "Family Organisation in Plantations in British Guiana", *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 3, no. 1, March 1962, pp. 43-64; Morton Klass, *East Indians in Trinidad: A*

Study of Cultural Persistence. New York, Columbia University Press, 1961; Miriam Kreiselman, "The Caribbean Family: A Case Study in Martinique". Ph.D. Dissertation, Columbia University, 1958; Peter Kunstadter, "A Survey of the Consanguine or Matrifocal Family", *American Anthropologist*, vol. 65, no. 1, February 1963, pp. 56-66; Basil Matthews, *Crisis of the West Indian Family. A Sample Study*. Mona, Extra-Mural Department, University College of the West Indies, 1953; Sidney W. Mintz, "A Final Note", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 528-535; Sidney W. Mintz and William H. Davenport (eds.), *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961.; John W. Mura, Discussion of Raymond T. Smith, "The Family in the Caribbean", en Vera Rubin (ed.), *Caribbean Studies: A Symposium*. Mona, Institute of Social and Economic Research, University College of the West Indies, 1957, pp. 75-79; Keith F. Otterbein, "The Household Composition of the Andros Islanders", *Social and Economic Studies*, vol. 12, no. 1, March 1963, pp. 78-83; Keith F. Otterbein, "The Courtship and Mating System of the Andros Islanders", *Social and Economic Studies*, vol. 13, no. 2, June 1964, pp. 282-301; Keith F. Otterbein, "Caribbean Family Organization: a Comparative Analysis", *American Anthropologist*, vol. 67, no. 1, February 1965, pp. 66-79; George W. Roberts, "Some Aspects of Mating and Fertility in the West Indies", *Population Studies*, vol. 8, no. 3, March 1955, pp. 199-227; George W. Roberts, *The Population of Jamaica*. Cambridge, Conservation Foundation at the University Press, 1957; George W. Roberts and Lloyd Braithwaite, "Fertility Differentials by Family Type in Trinidad", *Annals of the New York Academy of Sciences*, vol. 84, no. 17: Culture, Society and Health, December 1960, pp. 963-980; George W. Roberts and Lloyd Braithwaite, "Mating Among East Indian and Non-Indian Women in Trinidad", *Social and Economic Studies*, vol. 11, no. 3, September 1962, pp. 203-240; George E. Simpson, "Sexual and Familial Institutions in Northern Haiti", *American Anthropologist*, vol. 44, no. 4, Part 1, October-December 1942, pp. 655-674; Michael G. Smith, "Kinship and Household in Carriacou", *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 455-477; Michael G. Smith, *West Indian Family Structure*. Seattle, Washington, University of Washington Press, 1962; Michael G. Smith, *Kinship and Community in Carriacou*. New Haven, Yale University Press, 1962; Raymond T. Smith, "Aspects of Family Organization in a Coastal Negro Community in British Guiana", *Social and Economic Studies*, vol. 1, no. 1 February 1953, pp. 87-111; Raymond T. Smith, *The Negro Family in British Guiana: Family Structure and Social Status in the Villages*. London, Routledge & Kegan Paul, 1956; Raymond T. Smith, "The Family in the Caribbean", en Vera Rubin (ed.), *Caribbean Studies: A Symposium*. Mona, Institute of Social and Economic Research, University College of the West Indies, 1957, pp. 67-75; Raymond T. Smith, "Culture and Social Structure in the Caribbean: Some Recent Work on Family and Kinship Studies", *Comparative Studies in Society and History*, vol. 6, no. 1, October 1963, pp. 24-46; Raymond T. Smith and Chandra Jayawardena, "Hindu Marriage Customs in British Guiana", *Social and Economic Studies*, vol. 7, no. 2, June 1958, pp. 178-194; Raymond T. Smith and Chandra

De ahí que las comunidades caribeñas se destaquen por su relativa falta de dos de las bases más importantes de un conjunto social: nexos institucionales basados en la comunidad (como aquellos que proveen las iglesias, las escuelas, las afiliaciones políticas, etc.) y los nexos de grupos de parentesco. Sería enteramente erróneo argüir que dichas bases de acción colectiva están completamente ausentes o inoperantes; pero el contraste que ofrecen las comunidades rurales del Caribe, tanto con las comunidades rurales de Occidente (ej. europeas y norteamericanas), por un lado, como con las comunidades rurales no occidentales (ej. asiáticas y africanas) por otro, es sumamente provocativo. Al mismo tiempo, enfatizar la debilidad de las instituciones locales y de parentesco como fuerzas de conjunción e integración en la vida rural del Caribe no es lo mismo que decir que no hay nada que sirva para interrelacionar socialmente a nivel local. Probablemente la base principal de interacción social entre gente rural de clase baja –que componen el grueso de la población en las sociedades del Caribe– radica en su habilidad de establecer relaciones sociales diádicas a corto y largo plazo con quienes los rodean, ya sea por un interés común o para satisfacer necesidades individuales específicas. En otras palabras, en lugar de organizarse en “grupos” alrededor de alguna institución o en términos de obligaciones y derechos de parentesco, la gente crea conjuntos radiales de vínculos duales, y en el centro de cada conjunto se encuentra un solo individuo. El fraseo de esta hipótesis no se debe tomar muy literalmente; sería absurdamente

Jayawardena, “Marriage and the Family Amongst East Indians in British Guiana”, *Social and Economic Studies*, vol. 8, no. 4, December 1959, pp. 321-376; Nancie L. Solien, “Household and Family in the Caribbean: Some Definitions and Concepts”, *Social and Economic Studies*, vol. 9, no. 1, March 1960, pp. 101-106; Nancie L. Solien (de González), “Family Organization in Five Types of Migratory Wage Labor”, *American Anthropologist*, New Series, vol. 63, no. 6, December 1961, pp. 1264-1280; J. Mayone Stycos, *Family and Fertility in Puerto Rico: A Study of the Lower Income Group*. New York, Columbia University Press, 1955; Lionel Vallée, “The Negro Family of St. Thomas: A Study of Role Differentiation”. Ph.D. Dissertation, Cornell University, 1964; Lionel Vallée, “A propos de la légitimité et de la matrifocalité: tentative de réinterprétation”, *Anthropologica*, New Series, vol. 7, no. 2, 1965, pp. 163-177; Peter J. Wilson, “The Social Structure of Providencia Isla, Colombia”. Ph.D. Dissertation, Yale University, 1961; Peter J. Wilson, “Household and Family on Providencia”, *Social and Economic Studies*, vol. 10, no. 4, Working Papers in Caribbean Social Organization, December 1961, pp. 511-527.

impreciso argumentar que en efecto no existen grupos sociales en la vida cotidiana de las clases bajas rurales del Caribe, salvo aquellos basados en lazos diádicos. Quizás algunos ejemplos pueden brindar mayor sustancia al argumento.

La costumbre católica de seleccionar padrinos para los hijos todavía es socialmente importante y se practica con entusiasmo en comunidades rurales de sociedades tales como las de Puerto Rico y Haití. Esta institución –conocida como *compadrazgo*– ofrece alguna protección y seguridad al recién nacido y a sus padres. Se podría interpretar fácilmente como el fundamento para la formación de una “cadena” o “red” de lazos sociales, que une así a varios individuos en una alianza grupal.³⁴ Pero, en realidad, esta cadena o red no crea un grupo social en el cual cada participante está activamente relacionado con los demás. Más bien, un padre que escoge grupos consecutivos de compadres para sus hijos se coloca en el centro del sistema radial, manteniendo así relaciones diádicas individuales con cada compadre. Otro ejemplo: las mujeres del mercado en Haití entran en relaciones económicas personalizadas con series de clientes (*pratik* en haitiano) –tanto a aquellos a quienes le compran como aquellos a quienes le venden. Estas relaciones proveen cierta seguridad de oferta y demanda en situaciones de abundancia y escasez y son validadas por pequeñas concesiones en los márgenes de ganancia, extensiones de crédito, entre otras. Una vez más, podría suponerse que una serie de dichos *pratik* forma una cadena o red, un grupo social cuyos miembros individuales se encuentran reunidos por un interés común.³⁵ Pero nuevamente, la realidad es que cada una de estas mujeres se encuentra en el centro de un sistema radial de lazos de clientela, y el sistema es distinto, es decir, consiste de un “grupo” diferente, para cada participante. Por ende, la naturaleza distintiva de la estructura social rural caribeña puede deberse a su

³⁴ Sidney W. Mintz and Eric R. Wolf, “An Analysis of Ritual Coparenthood (*compadrazgo*)” *Southwestern Journal of Anthropology*, vol. 6, no. 4, Winter 1950, pp. 341-368.

³⁵ Sidney W. Mintz, “*Pratik*: Haitian Personal Economic Relationships”, en Viola E. Garfield (ed.), *Patterns of Land Utilization and Other Papers. Proceedings of the Annual Spring Meetings of the American Ethnological Society*. Seattle, University of Washington Press, 1961, pp. 54-63.

fuerte énfasis en los lazos diádicos individuales, en contraste con una membresía en grupos sociales que tengan alguna base familiar o institucional corporativa.³⁶ Limitaciones de espacio impiden citar otros ejemplos que ilustren más cabalmente el funcionamiento de relaciones sociales basadas en lazos de esta índole. De nuevo, el punto no es que la actividad comunitaria o grupal no ocurra en la vida de las clases bajas del Caribe, sino que los patrones y las tradiciones que existen para dicha actividad difieren significativamente de lo que pudieran esperar los observadores de las comunidades pobres, rurales y agrarias en sociedades “subdesarrolladas”.

Para llevar al argumento un paso más allá, hay que subrayar la importancia de tradiciones culturales diferentes, historias sociales y condiciones político-económicas contemporáneas en tanto afectan el grado de individualismo que opera en casos específicos. Horowitz, al comparar un número de comunidades del Caribe en términos de su “integración”, ha sugerido que la propiedad privada y la operación de parcelas en pequeña escala facilita una mejor integración comunitaria y, para sustentar su posición, contrasta aldeas campesinas con aldeas de proletarios rurales.³⁷ También podría argumentarse que aquellas sociedades que han gozado de un aislamiento prolongado y poseen campesinados largamente establecidos, como Haití, probablemente demuestren menos individualismo que aquellas con larga trayectoria como colonias de plantación; y que las subculturas de la altura en países como Cuba o Puerto Rico pueden exhibir menos de este tipo de individualismo que las subculturas proletarias de sus costas. Sin embargo, estas afirmaciones quedarán casi enteramente hipotéticas hasta que se realicen investigaciones adicionales sobre esos problemas.³⁸

³⁶ Esta parte del argumento le debe mucho a discusiones con mi colega, el doctor Peter Wilson.

³⁷ Michael M. Horowitz, “A Typology of Rural Community Forms in the Caribbean”, *Anthropological Quarterly*, vol. 33, no. 4, Caribbean Issue, October 1960, pp. 177-187.

³⁸ En un artículo provocador, George M. Foster escribe: “El modelo sugiere que allí donde se concibe una sociedad como una red de relaciones sociales basadas en contactos diádicos, en los cuales no hay dos personas que tengan exactamente los mismos lazos, no puede haber bloques que sirvan de base ni para la acción positiva ni para la negativa”. Aunque fue escrita para sintetizar la

Es dudoso que estas proposiciones de cierre precisen alguna cualidad única de la organización social del Caribe. La perspectiva sostenida aquí es que las formas sociales diádicas del tipo compadre y pratik, tal como operan en la vida social caribeña, figuran como respuesta adaptativa a una intensa occidentalización, una prolongada trayectoria colonial, los orígenes poblacionales heterogéneos y la historia económica bastante especial del Caribe. Además se podría sostener que muchas otras sociedades, solo recientemente impulsadas en dirección “occidental”, son propensas a asumir un parecido cada vez mayor con el molde caribeño, al menos en ciertos sectores de sus sistemas sociales. Aunque Europa y Estados Unidos han podido desarrollar un énfasis fuertemente individualista en relaciones sociales, lo han hecho desde la ventajosa posición de formas institucionales de integración grupal largamente establecidas. Puede resultar entonces de algún interés que aquellos aspectos de la sociedad occidental moderna, que se consideran como los más despersonalizantes o “anti-humanos” –percibir personas como cosas y como números intercambiables, prescindibles y anónimos– tienen una historia muy larga en el Caribe y se desarrollaron allí en el contexto de transferencias muy imperfectas de instituciones sociales europeas.

Recibido: 20 de mayo de 2015

Revisado: 20 de diciembre 2015

Aceptado: 27 de junio de 2016

descripción de una aldea campesina de la altura mexicana, este planteamiento corresponde bien a muchas comunidades rurales del Caribe. La diferencia principal puede darse en la medida en que los pueblos caribeños carecen de unas formas constitucionales y de parentela como trasfondo social-estructural sobre el cual se dé la interacción diádica –quizá haciendo de ellos los casos extremos del tipo que el autor describe. Véase George M. Foster, “The Dyadic Contract: A Model for the Social Structure of a Mexican Peasant Village”, *American Anthropologist*, New Series, vol. 63, no. 6, December 1961, pp. 1173-1192 y del mismo autor “The Dyadic Contract in Tzintzuntzan, II: Patron-Client Relationship”, *American Anthropologist*, New Series, vol. 65, 1963, pp. 1280-1294.

ORIG + 2

The Caribbean as a ~~WHOLE~~ Socio-cultural Area ¹✓

The Caribbean islands, a scattering of ^{some} perhaps fifty inhabited ~~islands~~ ^{of area between Florida} and ~~Spain~~ ^{and} nearly 2,500 miles ^{constitute} the north coast of South America, ^{the oldest} ~~the oldest~~ ^{colonial sphere of} western European overseas expansion. By the second decade of the sixteenth century, ^{These territories were} ~~the islands had been~~ circumnavigated and explored, ^{then} ~~Spanish colonies~~ ^{had been discovered and} established on the largest, ^{islands} ~~of them~~, and the area ^{into the consciousness of European monarchs} ~~had been thrust~~ ^{philosophers, and} scientists. As the primordial sphere of Spain's Atlantic imperium, the Caribbean ^{region symbolized the world's beginning} ~~was the~~ of what Konzecke ^{called} "planetary" empires, spanning ^{whole} ~~oceans~~; ~~the~~ the massive shift from a "thalassic" (Mediterranean) to an "oceanic" (Atlantic) orientation ^{that would govern Europe's} ~~expansive designs thereafter~~, ^{for colonies began with the Caribbean} ~~When López de Gómara~~, addressing himself to Charles ^{the Fifth} in 1552, asserted that, after the ~~creation of the world~~ and the coming of Christ, the most important event in history had been the discovery of the New World, he was not claiming more than what ^{normally} ~~informed~~ Europeans of the time would have conceded. ^(Hanks, 1952:23) ~~Some~~ ^{after their discovery} ~~the Caribbean islands~~ ^{became a} ~~springboard for the conquest~~ ^{Spanish} of the American mainland, and a testing-ground for ^{conquest} ~~Spanish feudal~~ designs, ^{readily for use in} ~~the~~ the administration and control of colonial peoples. ~~After~~ ^{substantiation} ~~the~~ ~~importance of the~~ ~~islands~~ ~~declined~~ ~~swiftly~~. Then, in the seventeenth century, Spain's north European rivals began to carve out overseas empires of their own within the Caribbean area; by the latter part of that century, the importance of the islands to Northern Europe had ^{reached} ~~become~~ a zenith, ^{After 1800, however,} ~~and this~~ ~~the Caribbean~~ ~~glazed~~ ~~a~~ ~~less~~ ~~and~~ ~~less~~ ~~significant~~ ~~role~~ ~~in~~ ~~the~~ ~~European~~ ~~scheme~~ ~~of~~ ~~things~~; ~~only~~ ~~recently~~ ~~has~~ ~~this~~ ~~area~~ ~~taken~~ ~~on~~ ~~a~~ ~~new~~ ~~meaning~~, this time

Primera hoja del manuscrito original con correcciones realizadas por el autor. Johns Hopkins University, Special Collections, Sidney W. Mintz Papers, Box 15.

Abstract - The Caribbean as a Socio-Cultural Area

In this essay, Sidney W. Mintz discusses the Caribbean region by way of a number of attributes that, presented in a meaningful sequence, demarcate a large area of discussion: (1) a lowland, subtropical, insular ecology; (2) rapid extermination of the native population; (3) the location of the islands as a sphere of European overseas capitalism based mainly on sugar plantation slavery; (4) a correlative development of island social structures with little internal differentiation and a bipolar configuration; (5) ongoing interaction between plantations and small-scale peasant agriculture; (6) successive, massive immigration of new laboring populations (7) prevailing absence of an ideology of national identity (8) the persistence of colonialism, and of a colonial atmosphere, longer than any other area outside of Western Europe; (9) a high degree of individualization, particularly in economic terms, as an aspect of social organization.

Keywords: *Sidney Mintz, Caribbean, plantations, peasants, capitalism.*

Sidney W. Mintz (1922-2015) Nació en Nueva Jersey de padres inmigrantes de Bielorrusia y se doctoró en Columbia. Allí participó en el proyecto que generó *The People of Puerto Rico*. De 1953 a 1975 fue catedrático en la Universidad de Yale, y luego en Johns Hopkins hasta su jubilación en 1996. Sus escritos sobre la región del Caribe y sobre la esclavitud, los proletarios rurales, los campesinos, las plantaciones y el azúcar permanecen fundamentales. Dedicó sus últimos años al estudio de la comida y la alimentación, campo donde también abrió brecha. Falleció a finales de 2015.

*** La traducción de este artículo se realizó con un grupo de estudiantes de la Facultad de Humanidades en el marco de un proyecto estudiantil-docente (verano 2014), auspiciado por el Decanato de Estudios Graduados y su proyecto iINAS (Iniciativas de Investigación y Actividad Creativa Subgraduadas) del Recinto de Río Piedras de la UPR. Estuvieron a cargo de la traducción Alain Bartolomei Torres (Historia y Estudios Hispánicos), Erika Santos Roldán (Lenguas Modernas y Ciencias Políticas) y Gabriel Ocasio Maysonet (Lenguas Modernas e Historia). El profesor Mintz revisó la traducción en uno de sus últimos borradores y la acogió con su generosidad de siempre. Cualquier error o imprecisión no es, por supuesto, de su responsabilidad. Agradecemos la colaboración de la Prof. Ivette Torres del Programa Graduado de Traducción y del Dr. Don Wallicek, del Departamento de Inglés de la Facultad de Estudios Generales.